

la verdad le cuesta más trabajo abrirse camino entre los hombres que á la mentira... Valle-alegre, cuya honradez había sido hasta entonces muy dudosa, podría levantar muy alta su frente, porque al fin la imposibilidad de obtener contra él un juicio adverso, después de tanto ruido, equivalla á la proclamación de su inocencia. ¿Quién se atrevería ya á dudar de la integridad del poderoso banquero?..

A Luis le costaba trabajo renunciar al castigo del culpable, pero las cosas se habían combinado de modo que era imposible intentarlo. ¿Dónde habrían ido á parar las cartas de Ripoll?..

— ¡Ah! — exclamaba interiormente. — Si Valle-alegre tenía conocimiento de ellas, si sospechaba que pudieran existir, habrá comprado una mano traidora que las haya extraído de los papeles de la testamentaría. El oro es el poder de nuestros tiempos, y tiene á su servicio todas las debilidades, todas las perfidias, todas las miserias de la tierra.

Así discurría, y en realidad el pensamiento que más lo atormentaba se encerraba todo entero en esta palabra: «¡Cecilia!..» Cecilia era el nombre que continuamente repetía con viva admiración y con pesar indecible.

CAPÍTULO XIX

LA COMIDA

Cuando se enteró del rumor extendido contra su buen nombre, se encogió de hombros; no lo temía porque lo esperaba. Sabía que en la loca balanza de los juicios humanos se pesan con frecuente injusticia las acciones de los hombres, y que cuando el platillo de la alabanza se inclina en favor de los perversos, el platillo del vituperio se levanta siempre contra la virtud. Es imposible ensalzar á los culpables sin deprimir á los inocentes.

Entre el prodigioso número de armas con que la industria moderna ha perfeccionado el arte de destruir y de matar, hay un arma que pertenece al sistema más perfeccionado, al sistema de la calumnia. Rara vez pierde una sociedad el sentido moral sin que al mismo tiempo no pierda el sentido común; y he ahí por qué no hay pueblos más fáciles de engañar, de someter y de oprimir que los pueblos desmoralizados. Se dijo hace tiempo: «Divide y reinarás.» Nosotros hemos penetrado más en el alevoso sentido de esa sentencia, y decimos: «Corrompe para oprimir.» Ved lo que se eleva y sabréis lo que descende. Mirad lo que se ensalza y veréis lo que se deprime.

Á Luis no debió sorprender la fácil difamación de que era objeto, y aun pareció alegrarse, porque después de encogerse de hombros, se dijo á sí mismo:

«Nada he podido, nada puedo hacer por ella; así, á lo

menos, se unirá al sacrificio de su corazón el sacrificio de mi nombre.»

Mas la espontaneidad de estas palabras se veía corregida por otro pensamiento también súbito y espontáneo.

«Mi nombre — se decía — no es mío solamente; pertenece á Margarita; mi nombre es el nombre de mi hijo.»

Los cuatro individuos que componían la familia de Góngora, esto es, Margarita, Serafín, Montero y Luis, se hallaban reunidos en el gabinete en que habitualmente hacía labor Margatita.

Luis hacía saltar sobre sus rodillas á Serafín; Margarita seguía con tierna inquietud los saltos de su hijo, y Montero, de pie, contemplaba este cuadro con evangélica complacencia, y todos esperaban un simple aviso para dirigirse al comedor, porque era la hora de la comida.

Al niño debió llamarle la atención el semblante serio de su padre, y cogiéndolo con sus dedos diminutos de entrambas mejillas y tirándole de ellas, le dijo:

— Ríete.

Luis se sonrió.

Margarita celebró la gracia con una carcajada, y Montero, lleno de admiración, arqueó sus grandes cejas de una manera formidable.

— Ante todo, caballero — dijo Margarita dirigiéndose á Luis, — necesito saber qué ánimos son los de ese apetito, porque hoy he dirigido yo en persona la comida, y mi vanidad de mujer casera se resentiría mucho de un desaire inesperado.

Montero frotó sus dos manos, una contra otra, porque una comida preparada por Margarita debía decir: «comedme.» No expresaba así, precisamente, el regocijo de su estómago, sino que para el terrible coronel todo lo que hacía Margarita tenía que ser necesariamente una cosa perfecta. Se restregó las manos como quien se prepara á aplaudir.

Contaba con un éxito seguro, y se disponía á premiar el mérito de los platos con una ovación completa.

Luis dijo:

— Si la comida está dirigida por ti, hoy me será absolutamente imposible no tener apetito.

— Muy bien — añadió Margarita; — tomo ese cumplimiento al pie de la letra, y ya no tienes más remedio que cumplir tu palabra.

Serafín rodeó con un brazo el cuello de su padre, y mirando á su madre dulcemente, le dijo:

— No quiero que le regañes.

Entonces Margarita apartó el costurero que tenía delante y tomó al niño en sus brazos, lo besó en la boca, y volviendo á Montero, le preguntó:

— Vamos á ver, padrino, ¿qué hacemos con este niño?

— No lo sé, señora — contestó el coronel, — este niño me asusta, me da miedo. Algunas veces me parece que se me escapa, que va á volar... El cielo le causa siempre una impresión inexplicable; alza los ojos y lo mira embebecido, y abre los brazos como un pájaro pudiera abrir las alas. Yo entonces le sujeto, porque...

Montero no pudo terminar la frase, porque Serafín abandonó el regazo de su madre, y saltando sobre Montero le puso la mano en la boca, al mismo tiempo que miraba alternativamente á Luis y á Margarita, como el autor mimado por el público, que pide un aplauso.

Margarita se lo concedió sin vacilar, con todo su corazón, porque aquel acto de Serafín, cortando la palabra en la boca de Montero, había impedido que completara su pensamiento, y en su ternura de madre temblaba ante la idea que iba á escaparse de los labios del coronel. Tal vez era una idea que á ella misma le habría ocurrido otras veces, y no quería oirla; así es que se apresuró á cambiar el rumbo de la conversación, hablando de otra cosa.

Entre tanto, Luis, apoyado el codo sobre el brazo de la butaca y la barba sobre el hueco de la mano, parecía complacido de la escena que presenciaba; sus miradas se detenían en Margarita, pasaban luego á Montero y después se fijaban en Serafín. Así iban de uno en otro recorriendo el cuadro; de su mujer á su amigo, de su amigo á su hijo. Asomaba á sus labios una ligera sonrisa de satisfacción, había en su frente cierta sombra triste, y permanecía taciturno.

Margarita volvió á su costurero, y Serafín cogió un periódico y lo puso en manos del coronel, diciéndole:

— Padrino, una gorra.

Tomó Montero el papel, y exclamó contemplándolo:

— ¡Periódicos!.. ¡Ah...!, los detesto!.. Y éste debe ser de los más perniciosos. El título... ya dice bastante. Es una burla sangrienta. Se titula *La Libertad*. ¿Quién ha traído aquí este escarnio en letras de molde?..

Margarita se encogió de hombros, y Luis recordando las palabras de *madame Rolland*, dijo:

— ¡Libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

— Libertad — repitió Montero, — te conozco. Sé en qué antros te fraguan...

Serafín, que no entendía nada de esas palabras, se cruzó de brazos delante de Montero, diciéndole:

— Pero, padrino, ¿y mi gorra?..

El padrino dobló el papel para trazar la gorra que Serafín le pedía, y hecho el primer doblé se detuvo leyendo algunos renglones que le habían llamado la atención.

— Es famoso esto — dijo; — hay aquí un párrafo, copiado de un periódico conservador, en el que se pide sencillamente un rey de derecho hereditario, elegido á la vez por el sufragio universal... ¿Qué te parece?..

— La combinación — advirtió Luis — es, en efecto, ab-

surda, y por lo tanto, instable, pero el hecho no es nuevo. Es un *rey por la gracia de Dios y la Constitución*.

— Eso es — añadió Montero: — la gracia de Dios se retira siempre que es justo, á la Constitución se la llevan los demonios..., y adiós cetro, corona, honra y dinastía.

— Esa es la historia — dijo Luis, — pero hay muchos ciegos que buscan una solución al desastre y no encuentran otra que la de volver á empezar.

— ¿Y qué quiere decir eso?.. — preguntó el coronel.

— Quiere decir — contestó Luis — que no se ha llenado todavía la medida del castigo.

Mari apareció en la puerta diciendo:

— Está servida la sopa.

Cogió Serafín la mano de Montero tirando de él hacia el comedor, y Margarita detuvo á Luis diciéndole:

— Espera un momento.

Acababa de dar el último punto en el lazo de una corbata que ella misma había cortado y cosido, y detuvo á su marido para probar en él el efecto de su obra.

— ¡Muy bien!.. — exclamó sosteniendo el lazo en el cuello de su marido. Está perfectamente.

— ¡Bah! — dijo Luis. — ¡Te tomas tú el trabajo de hacerme las corbatas!..

— Sí — añadió ella, — porque he averiguado que las hago yo mejor que en las tiendas.

Y diciendo esto, cogió el brazo de su marido y ambos siguieron á Serafín y á Montero.

Durante la comida no se habló más que de la comida. La lista de los platos ó el *menú*, como diría la baronesa, se hallaba escrito de mano de Margarita en una tarjeta que la misma mano había adornado con una guirnalda de rosas.

— ¡Hola! — exclamó Montero. — ¡Sopa de tortuga!.. Esto no es una comida, es un banquete.

Cada plato obtuvo su éxito, porque Montero los cele-

braba todos y Luis asentía. Margarita parecía satisfecha de su triunfo.

Entre la gente verdaderamente culta, cualquiera conversación es amena, y las salsas y los fritos y los condimentos sirvieron de pasto á la locuacidad de Margarita y de Montero, porque Luis, aunque comía de todo y se sonreía de vez en cuando, hablaba poco, y á Serafín le estaba prohibido hablar en la mesa, como no se le preguntase, y una de las bellas cualidades de este niño, verdaderamente mimado, era la obediencia. Es verdad que el coronel hacía, hasta cierto punto, ilusoria esta ley, dirigiendo continuas preguntas á Serafín durante las comidas; pero esta vez se hallaba enteramente dedicado á celebrar el *menú*, esto es, el mérito de la habilidad culinaria desplegada por Margarita.

Comía por siete, hablaba por ciento y estaba alegre por mil.

No hay condimento más sano que el apetito, ni salsa más agradable que la alegría. Montero estaba alegre, ¿por qué?.. Tal vez él mismo no habría sabido explicarlo, en razón á que conservaba la antigua costumbre de no discutir sus impresiones; las sentía, se dejaba llevar de ellas, y asunto concluido.

Su alegría en esta ocasión era un reflejo de la que animaba el rostro de Margarita, realzando los atractivos de su magnífica belleza. En ella veía Montero algo como la luz del sol que ilumina los cielos y disipa las nubes, porque el padrino había creído ver antes algunas sombras indecisas que obscurecían la dicha de la casa. Comprendía que Luis viviera ensimismado en los asuntos de su bufete, y no le causaba gran sorpresa verlo distraído y taciturno; pero era el caso que Margarita había empezado á participar de la misma distracción, y en verdad, ella no tenía asuntos ni bufete que excusaran su aspecto reflexivo; ade-

mas, su carácter no era meditabundo. Montero había observado alguna vez señales de lágrimas en los ojos de Margarita, y observaba entre Luis y ella cierta reserva, cierto retraimiento..., él no sabía qué nombre darle. Era imposible la desavenencia entre ellos, y el coronel lo atribuía á cavilosidad suya.

Decididamente tenía telarañas en los ojos. Mas he aquí que de la noche á la mañana se disipa el nublado y vuelve á brillar en la casa el sol de la alegría. Nunca había visto á Margarita tan solícita con Luis, ni tan cariñosa, ni tan sumisa.

La comida tan esmeradamente preparada por ella era, por lo visto, un banquete que les daba en celebridad de tan fausto suceso, y Montero lo acogía con toda la impetuosidad de su alma.



Los ojos de Margarita habían leído el sobrescrito

¿Qué nube sería la que habría pasado por el cielo de aquella casa?.. Sí, las mujeres son caprichosas, irreflexivas, vanas..., ciertamente; pero ¿qué tenía que ver Margarita con las demás mujeres?.. No, no; los hombres son los que todo lo atropellan, todo lo sacan de quicio, locos de atar... Y bien: ¿era Luis capaz de alguna locura?.. Imposible... El coronel se encogió interiormente de hombros, y no intentó hacer más averiguaciones, achacándose á él de nuevo toda la culpa. Porque era claro, allí no

había pasado nada; era que sus ojos habían visto visiones.

Se hallaban en los postres cuando fué entregada á Luis una carta que acababan de llevar; leyó el sobrescrito, y exhaló una especie de suspiro, y dejando la carta sobre la mesa, siguió comiendo; mas poco después pensó lo que pensó, y rasgando el sobre leyó la carta. No era posible dudar de la emoción que la lectura le causaba, pues brillaron sus ojos y se animó vivamente su semblante. No fué esto solo, sino que se levantó de la mesa, excusó su ausencia con algunas palabras y desapareció del comedor.

— Los pleitos — dijo Montero — le van á quitar la vida, y va á ser preciso adoptar una resolución heroica.

— ¿Cuál? — preguntó Margarita sonriendo.

— Pegarle fuego al despacho — contestó el coronel; — no encuentro otra.

Poco después salieron del comedor el ahijado y el padrino.

Margarita se quedó sola, de pie, delante de la mesa, sobre la que había dejado Luis olvidada la carta que le había hecho salir con tanta precipitación.

Los ojos de Margarita, sin que ella pudiera sujetarlos, habían leído el sobrescrito, y no se le había ocultado que la letra era letra de mujer; letra fina, correcta; vamos, letra de princesa. Allí estaba la carta, y Margarita la tomó en su mano; pero, como si le hubiera quemado los dedos el contacto del papel, volvió á dejarla sobre la mesa.

Si Montero hubiera visto la palidez que en aquel momento cubría sus mejillas, habría advertido que aún quedaban nubes en el cielo de aquella casa.

Margarita, después de algunos momentos de indecisión, hizo un esfuerzo, y cogiendo la carta, la ocultó en el bolsillo de su vestido. No quería leerla, pero debía guardarla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XX

LUCHA

La historia está llena de guerras en que las ambiciones de los pueblos y la soberbia de los hombres han ventilado alguna vez su derecho, muchas veces sus injusticias, pues aunque la fuerza suele estar al lado del derecho, las guerras son siempre una apelación al supremo derecho de la fuerza. Si bien se considera, el rastro que el género humano deja al pasar por la tierra es un rastro de sangre. Y como no siempre la victoria se decide en favor de los ambiciosos, entre las diversas victorias con que se honran, lo mismo los pueblos salvajes que los pueblos civilizados, hay algunas que verdaderamente constituyen títulos de gloria, porque el triunfo alcanzado no ha sido la sanción de una infamia.

Yo, en el momento en que escribo estas líneas, recuerdo con singular complacencia nuestra guerra de la Independencia. Y no es consuelo que busco á los desastres que nos cercan, ni una pueril satisfacción de mi vanidad española. No; no es consuelo ni satisfacción; es esperanza. Es que la caída del primer imperio francés me hace esperar la caída de otro novísimo imperio que, como aquél, puede muy bien llevar el primer golpe en este rincón de Europa que llamamos España, para sucumbir después en su Waterloo.

El Goliath de estos días no tiene la espada tan larga